

NOTA EDITORIAL: «DIOS MÍO, ¿QUÉ ES ESPAÑA?»

«A las masas, como a las mujeres, hay que ofrecerles fiestas, guerras, pasiones, botines, torbellinos, indecibles embriagueces»

Los secretos de la Falange, Ernesto Giménez Caballero (1939)

Es posible que lo que leas aquí hable también de ti. Es probable que, en cierta medida, esta *orgía macabra* te afecte. Al fin y al cabo es parte de la historia de un país. Se hizo en nombre de un país y hasta se proclamó, durante décadas, como necesario, justo, imprescindible. Ese país es... España.

Este libro, una antología sobre la cultura de la muerte en la que se dan cita lugares y personas, todos ellos *esperpentos* patrios que componen un retablo de violencias, discursos y fenómenos muy cercanos, tuvo un punto de partida. Ese origen fueron reflexiones, debates y lecturas que, sin embargo, comenzaron con un escritor estadounidense, el premio Nobel John Steinbeck, quien en 1962 publicó un espléndido libro, *Viajes con Charley en busca de Estados Unidos* (publicado en España en 2014 por Nórdica Libros). Steinbeck hizo 16.000 kilómetros, cruzando buena parte de su país, entablando conversación con toda clase de persona y viviendo numerosas aventuras y desventuras, un vasto viaje por el prácticamente inabarcable territorio de Estados Unidos con un objetivo que casi parece el sueño de un loco: determinar qué es eso de ser estadounidense, o si acaso existe algo semejante. No salió como esperaba. A mitad de trayecto surgieron los peligros propios de la acumulación y el exceso de estímulos. Aquel pasado, por su pesadez y carácter apabullante, le resultaba incomprendible. Había cruzado decenas de estados y hablado con centenares de personas, pero cuando el viaje comenzó a acercarse a su final se sintió desolado y abatido. También se reconcilió consigo mismo y, de paso, con aquella «loca» idea. No era posible. «No me sentía capaz de asimilar lo que me iba entrando por los ojos», confesó.

Jamás, salvo excepciones, nadie ha querido comprobar con honestidad si acaso existe eso de ser «español». Parece algo arcaico y tendencioso, posiblemente también inútil. Pero esa incapacidad también expresa algo sobre nuestra propia naturaleza. Nos embarcamos en esta idea de libro aún sin tener una respuesta. Contábamos con la pregunta o, mejor aún, las preguntas: ¿Existe acaso algo así como un ser «español» y una naturaleza «española»? ¿Es útil hacerse esa pregunta o por el contrario es un cierto esfuerzo prescindible? ¿Por qué, a diferencia de otros países y culturas, España no cuenta con un ensayo de definición más o menos aceptada al margen de consabidos tópicos? ¿Qué ha sucedido con nosotros y nosotras para que exista esa imposibilidad?

Ni idea, aunque lógicamente tengamos nuestras sospechas. Así que, a partir de la odisea frustrante de Steinbeck, llegaron otras obras y relatos que nos inspiraron, como el portentoso y magnífico *¡Viva la muerte! Política y cultura de lo macabro*, un gran ensayo de Rafael Núñez Florencio y Elena Núñez González (Marcial Pons, 2014). Este libro nos abrió una puerta. A pesar de carecer de respuesta, sí que contábamos con algo común: el regusto y la fascinación por la muerte y la tendencia a la violencia atroz. Así que partiríamos, a falta de una respuesta clara, de algo que nos parece incuestionable, de un fragmento aún por construir de esa impresión: la cultura de la muerte en nuestro país.

Nos hemos centrado en el siglo pasado, desde el llamado «Desastre del 98»

hasta la muerte de Franco, con especial atención a la mayor de las carnicerías, aún sin resolver del todo, como fue la Guerra Civil. Las violencias anteriores a esa guerra o la glorificación de la buena muerte fascista y legionaria tienen sus propias coordinadas y travesías. Pero es indudable que surgen de aquel clima de comienzos de siglo, con un país humillado, con ansías de regresar a tiempos mejores, desunido y en conflicto. Ese absoluto universo propio e hispánico que fue el fenómeno legionario, es el máximo grado de sublimación y mistificación de la violencia, del que el fascismo y el franquismo también se reflejaron e hicieron suyo. El centro de gravedad a la hora de tratar estas verdaderas filosofías de la muerte, casi sin parangón (necrófilas, de exaltación de los que ya no están al grito de «¡Presente!» o de celebración del llamado «Día del Dolor», de bendición, crucifijo incluido, de matanzas, la producción literaria de aventuras guerreras donde predomina la sangre y la recreación mórbida en esta, de una cosmovisión donde la violencia era redentora y los asesinos absueltos de cualquier responsabilidad pues Dios y la Patria lo podían todo), no está en el extremismo, sino en la base teórica, en el programa político que fomenta y promociona esa voraz cultura de la muerte como la vivida en este país durante tantas décadas. Tal y como sostienen los autores de *¡Viva la muerte! Política y cultura de lo macabro*, «desde el punto de vista de la llamada historia intelectual —o historia de las ideas o historia de la cultura— no cabe duda de que hay una diferencia esencial entre los dos extremos totalitarios, el fascismo en cualquiera de sus manifestaciones y el comunismo en cualquiera de las suyas. Mientras este procede o deriva de una de las principales ramas de la cultura racionalista europea, la que viene de Kant y Hegel, se expresa en el idealismo alemán y se populariza luego en el positivismo, el otro, el movimiento fascista, constituye una reacción virulenta contra esa racionalidad que a duras penas puede trazar una genealogía filosófica presentable, pues se asienta en una interpretación sesgada de autores como Kierkegaard, Schopenhauer y, sobre todo, Nietzsche». A ello cabría añadir, en cuanto a manipulaciones interesadas, en el terreno del fascismo español a Unamuno, Ortega y Gasset e incluso Pío Baroja, y otros escritores, y que por supuesto se narran en el libro.

El peligro no estaba, ni mucho menos, en lo que había planteado Nietzsche como filósofo, sino en la potencialidad, en cuanto a desviación y apropiación de sus planteamientos. Para los fascistas de nuevo cuño la operación era sencilla: bastaba con tomar el *quijotismo* de Unamuno para hacer de él una bandera del casticismo. O la «voluntad de poder» y el «superhombre» nietzschiano para justificar una política de violencia *higienizadora* a toda costa. La actitud decididamente rebelde de la juventud de comienzos de siglo, dispuesta a romper con su pasado, alentaba ideas pretendidamente epatantes. Las llamadas al heroísmo durante la Primera Guerra Mundial, las exhortaciones futuristas o de poetas como Apollinaire a la «belleza» de la guerra tenían mucho de gesto provocador frente a una vida pusilánime y timorata, una vida que no merecía vivirse. Esa pulsión de vida o instinto de muerte, que clamaba por salir y expresarse, se canalizó con la violencia, el enfrentamiento físico con los oponentes, esa camaradería que generaba la lucha colectiva ilegalista.

Pero no nos adelantemos. Este libro habla por sí solo. Por eso hemos querido dejar hablar a algunos artífices de lo que entendemos como una cultura basada sobre todo en el culto a la violencia y la muerte (Ramiro Ledesma, Onésimo Redondo, Millán Astray...). Los textos están sin editar, lógicamente, y se muestran tal y como se publicaron: milicias, grupos de asalto, terrorismo, matonismo.

Pero hubo más obras que nos inspiraron a abordar el libro de esta forma. Entre ellas *Antología de la poesía macabra española e hispanoamericana* (Valdemar, 2001) y, sobre todo, el clásico *Celtiberia show* (Ediciones Castilla, 1970) de Luis Carandell, una obra iconoclasta que muestra buena parte de la crudeza, lo macabro —en ocasiones, incluso cómico— de la posguerra a partir de las columnas que iban saliendo en la pionera revista *Triunfo*. El propio Carandell, en *Tus amigos no te olvidan*, afirma que la «presencia persistente» de la muerte es algo indiscutible en la cultura española. Casi como un fantasma. «El pasado prevalece entre nosotros sobre el presente. La muerte sobre la vida», afirma. Ya podemos comenzar a responder incluso al mismísimo Ortega y Gasset cuando decía aquello de «Dios mío, ¿qué es España?». Respuesta: esto mismo, entre otras muchas cosas (no todas alrededor de la destrucción, obviamente), que estás a punto de leer.

Lo sabemos. No hay redención posible. En este caso, lamentablemente, no hay perdón divino. El Dios al que muchos invocaron, como tantas otras cosas, era una trampa. Mejor aún: era su particular coartada espiritual para justificar algo que tenía que ver con la fuerza bruta, la obcecación en lo vulgar y brutal, la mística de la sangre y el martirio que siempre crea monstruos. Monstruos, por otro lado, muy humanos y desde luego también muy *españoles*. Inventaron un relato que funcionase como un traje a medida perfecto para sostener su propia *verdad*, es decir, una mentira que sonaba burda. ¿Cómo es posible? ¿Cómo fue posible? Y sin embargo, lo fue.

Así que allá vamos. Se abre el telón. Una calavera y una guadaña. El sonido de una detonación. El espectáculo dantesco impresiona. España fue una danza macabra. ¿Lo sigue siendo? ¿Acaso volverá a serlo? Porque siempre nos acompañan fantasmagorías, visiones oscuras, pesadillas. Cada cierto tiempo retorna la sombra de los garrotes y el ojo por ojo, la rencilla sanguinaria y goyesca, el atavismo como tradición que se dice (con sorna y casi con orgullo) como «muy nuestra». Siempre estamos cerca del abismo. Nuestro pasado nos avala como destructores, entre otras cosas porque las fogatas aún permanecen encendidas y las piras aún están humeantes. El peligro nos sigue acechando. Nos matamos, y mucho. Y de qué manera. Por «Dios y por España», dijeron algunos.

Les damos la bienvenida. Pasen y vean. Lo sabemos, corta la respiración, pero ya va siendo hora de encontrarnos con aquello que también somos porque lo fuimos. Aquí están los otros *Episodios Nacionales*.